

## GRAFÍA DE VIDA

Muchas jotas habían marcado su vida. Lustros y más lustros dedicados a la judicatura, todavía hoy se le recordaba en los pasillos de los juzgados como un juez iracundo y autoritario, algo jacobino, si se me permite la expresión. Infundía verdadero terror, podría decirse que ajusticiaba más que impartir justicia. La sala de vistas en cuya inmediación se celebraban los juicios era concebida como una suerte de patíbulo, a la que los acusados se encaminaban pesadamente en silenciosa procesión, con cabeza gacha y voluntad doblegada, en espera de la inexorable y cruel condena. De hecho daba la sensación que su nariz aguileña, heredada de sus ancestros judíos, fuera en cualquier momento a hacer las veces de guadaña. Su cuello de jirafa le proporcionaba una atalaya privilegiada desde la que sus ojos inquisidores intimidaban a sus objetivos y escrutaban cuanto acontecía en su presencia. Frente a tal escenificación de autoritarismo los acusados, por despiadados e indolentes que fueran, no osaban siquiera mirarle. Sabían que su vida estaba en las manos de aquel hombre y cualquier desaire podría acercarles a una pena sin remisión. Afortunadamente, para todos ellos, el juez se había retirado forzosamente de sus funciones debido a su avanzada edad. Aunque el simple recuerdo de su figura acrecentada y dominante seguía estremeciendo a cuantos la evocaban.

Privado del ejercicio de su profesión y enviudado tras el fallecimiento de su esposa Jacinta, su vida de jubilado se había tornado de un tono plomizo, como el cielo pesado y tenebroso que auspicia una tormenta. Nada quedaba del enérgico e implacable juez, ni siquiera su físico. El cuello había perdido su trazado enhiesto y se había encorvado secundando al resto de su cuerpo. Fruto de ello había surgido en su espalda una joroba que afeaba, y mucho, su aspecto. Sus ojos, otrora centelleantes, habían perdido todo

atisbo de brillo e intensidad, se habían hecho chicos y huidizos. Los retazos que habían conformado su vida y la habían mantenido en equilibrio durante tantos años se habían convertido en jirones que dejaban manifiestamente al descubierto su actual indigencia física y mental. Pasaba los días postrado en su lecho, jadeante aun sin llevar a cabo esfuerzos previos, sepultado entre frascos de jarabe, abotargado de píldoras y demás medicinas, con continuas mucosidades que esputaba en un exasperante y asqueroso ritual orquestado por la áspera fonética de la jota... Sí, otra vez la jota. Todo en la habitación se había aliado para recrear una atmósfera sombría y mortecina: el olor a carne envejecida, la tenuidad de la luz, el estilo anacrónico del mobiliario y hasta la estruendosa carcajada que a media noche, entre delirios, ahuyentaba el propio silencio de su casa y del vecindario entero, y que le contraía el rostro en una mueca retorcida más propia de una gárgola.

Aquel hombre parecía estar desahuciado. Su cuerpo se había declarado en huelga indefinida y la patronal, su mente, había echado el cierre, dado que carecían de toda motivación e ilusión por seguir en funcionamiento. Las regulares visitas de sus dos hijos y respectivas esposas no despertaban en él ninguna reacción que acaso pudiera considerarse benevolentemente de esperanzadora. En su fuero interno estaba completamente convencido que esas visitas no obedecían a un interés y preocupación sinceros, sino que escondían un frío protocolo de verificación de su estado de salud que les permitiera pronosticar cuándo harían suya la herencia. No, nunca había sido amigo de los eufemismos ni de las formas suaves. No eran más que una sarta de buitres dispuestos alrededor del lecho a la espera de desmenuzar y devorar su cuerpo moribundo.

Tras varias semanas navegando por los procelosos mares de la inconsciencia, amojonados ocasionalmente por faros de lucidez, le pareció oír en la lejanía el recurrente llanto de un bebé y una aterciopelada voz que trataba de apaciguarlo con una melodía deliciosamente tarareada. Sí, era una canción infantil tradicional que le retrotrajo a sus primeros años de vida, cuna de sus recuerdos más remotos. Creyó entender con ello que tal regresión marcaba precisamente el inicio de su partida final, en lo que bien podía ser un juego macabro o una despedida con cierto aire de homenaje. No obstante, su estado aletargado no le permitía discernir con claridad todo aquello.

El llanto del bebé persistía, nunca desaparecía del todo, como tampoco lo hacía la melodía susurrada. Seguía empeñado en desentrañar su sentido. Quizá tal escena explicase su carácter adusto y nada receptivo a los gestos de cariño que vanamente le habían dispensado a lo largo de su vida, ya sus padres, ya su esposa, ya sus hijos. O quizá desvelase el cansino quejido de todos aquellos que habían pululado enfrente de él pidiendo clemencia de forma patética e indigna, mientras el mazo caía pesadamente una y otra vez para poner coto a tan enojantes lamentos. En cualquier caso, curiosamente, el llanto no se le antojaba irritante, sino una renovada muestra de alborozo vital.

- Se llama Gerardo – le susurró una voz, causándole un ligero cosquilleo en el oído y marcando deliberadamente una pausa para enfatizar la siguiente palabra.- Abuelo.

Con los ojos medio entornados apenas distinguió un bebé, que en ese momento cesaba de llorar y agitaba arrítmicamente su diminuto brazo izquierdo de arriba a abajo, hasta que impactó levemente en su pecho. El suave golpe le llevó a incorporarse ligeramente para poder ver con mayor claridad aquella criatura hasta cerciorarse que, efectivamente, estaba allí con él, sobre la cama, a su lado, observándole con cara de cierta perplejidad.

Tras él, como espectador de la tierna escena, con ojos vidriosos y esbozando una media sonrisa de alivio, se encontraba su hijo, quien lentamente se le acercó y le besó en la mejilla. Pensó que aquél era un beso de una delicadeza inconmensurable, impropio de aquellos que se alimentan de carroña, al que siguieron otros más, esta vez de su segundo hijo y de las mujeres de ambos. Su cara dejó traslucir en primera instancia una sentida vergüenza por sus pensamientos acerca de los motivos espurios que había atribuido erróneamente a sus hijos, para acabar transitando hacia un rictus de serenidad, la que le proporcionaba tan entrañable estampa.

Jamás imaginó que su vida, ya enfilada en las postrimerías, pudiera experimentar un giro tan inopinadamente maravilloso, hacerle un guiño indulgente, entregarle un auténtico galardón, aun inmerecido. Ahora únicamente veía frente a sí a un nieto guapísimo y despierto, a una nueva generación alumbrada. Desde entonces ha arrumbado sus jotas y sólo escribe sus días con la ge. Lo hace sin faltas, con generosidad y amables gestos, pero sobre todo, desde una infinita gratitud. Sin lograr dejar atrás del todo, no obstante, ni sus mimbres de gruñón irreductible ni mucho menos su aspecto giboso.